

José M. Fernández Pequeño

EL PESADOR DE PALABRAS



Edición: Pablo De Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Enrique Rodríguez Araújo

© José M. Fernández Pequeño, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798339163534

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

...siempre quise tener un libro dentro

MARGARITA GARCÍA ALONSO

I

OTRAS PALABRAS

Devoraciones

ES BIEN SIMPLE. Pongo música de la que llaman romántica y comienzo a devorarme. Lo hago comenzando por las partes más distantes o incómodas (los pies, los glúteos), luego las más asequibles (las rodillas, los brazos), y por último las que parecerían imposibles (la espalda o la propia boca). Antes abría la ventana de la habitación en el segundo piso y me sentaba frente a la calle porque la atenuada luz del sol atardeciendo agregaba un qué-sé-yo agradable al proceso de comerme. Hasta que las autoridades del condominio exigieron que cambiara de sitio, que lo hiciera más íntimo. Mi acto había ido provocando una expectación creciente con el paso de los días y trastornaba la paz del vecindario, eso argumentaron. Estuve de acuerdo aunque por una razón distinta, una muy personal. Era deprimente comprobar cómo la exaltación de los espectadores reunidos en la calle se transformaba en desilusión cuando veían que las partes de mi cuerpo volvían a crecer casi enseguida. Los finales felices han pasado de moda, eso comentó mi esposa. Ahora estoy preparando condiciones para devorarme a través de Facebook o YouTube, pero todavía no puedo dar detalles. Ya saben, las cláusulas de confidencialidad, no ofensa a la sensibilidad ajena, respeto al pudor de los otros, y todos esos recovecos legales. Les aviso cuando esté listo.

Dicho con otras palabras

*Tendría que haber en nuestro lenguaje
palabras que tengan voz.*

AUGUSTO ROA BASTOS

Para Amaranta Freya

El ciego

SI CRISTÓBAL SUPIERA cuántas veces he visto las palabras así como las describe, de un color que él dice entre carmelita y naranja, y lo fácil que me sería aclarar sus dudas... Explicarle, por ejemplo, que no tienen esa apariencia por la forma en que el sol hace brillar el agua, y que tampoco debe sorprenderse porque permanezcan ahí, regaladas al balanceo del mar, indiferentes ante la presencia de tantos curiosos. Llevo viéndolas en mi cabeza desde que era niño, un niño que nunca vio una palabra escrita, y sí que entiendo el asombro de Cristóbal, su creencia de que las palabras flotan, cuando lo más seguro es que naden sumergidas unos pocos centímetros en el agua, y que eso haga muy difícil la tarea de describirlas para alguien que confía ciegamente en sus ojos. De todas formas, Cristóbal sospecha que no han venido hasta aquí solo por el gusto de venir. Que se frotan, ondu-
lan el cuerpo, se separan en fragmentos o vuelven a unirse con el propósito de enviar un mensaje que él no termina de entender. Y ahí su intuición no falla. Han

venido buscando entrar en mi cabeza y encontrarse con sus iguales que no se dejan recordar. ¿Qué pasará cuando ese encuentro ocurra? Confieso que no saberlo me da un poco de miedo... Una vez, hace muchos, lo que se dice muchísimos años, yendo yo de la mano con la tía Dolores entre los carros parados frente a un semáforo de la Juan Pablo Duarte, empecé a decir en voz alta las palabras tal y como me caían en la lengua, sin detenerme a pensarlas, y a los choferes les daba tanta gracia que bajaban los vidrios para reírse y decirme cosas; si hasta los había que gritaban con qué se agarra esa vaina, carajito del diache; otros, seguramente más estudiados, me respondían con trabalenguas o con palabras locas que supongo inventaban allí mismo; y algunos echaban hasta billetes en la latica que la tía iba moviendo con las monedas adentro, tlin, tlin, tlin, tlin... En todo ese tiempo, que yo recuerde, nadie se preocupó por el significado de las palabras, oír las pronunciar era suficiente para ellos... Pero Cristóbal no tiene por qué enterarse de eso. Él me cree obsesionado por escucharlo describir lo que ve en el agua de la ensenada, y es mejor así, es mejor dejarlo bregar con su idea de que todo esto empezó el día en que las palabras decidieron venir hasta este pueblo. ¿Por qué precisamente a este y no a otro pueblo? No estoy seguro, quizás porque este suena hueco como un bostezo, no importa si hace buen o mal tiempo, si hay fiesta o están de velorio.

Cristóbal

En fin, que nadie sabe ahora mismo si las palabras fueron llegando poco a poco y durante mucho tiempo, o

si entraron juntas a la enseada la noche antes de ser descubiertas... Sí, cómo no, en los archivos debe haber un informe sobre ese asunto que envié a los tres o cuatro días de estar en el pueblo. Aunque para mí no es problema, si usted quiere lo explico otra vez.

Según parece, el descubrimiento lo hizo una doña que subió al cerro un domingo acabado de clarear, con la idea de poner flores en la cruz de su hija y regresar de un pronto para abrir su negocio antes de que la gente cogiera calle por las fiestas de san Fernando. Es que, según comentarios, ella tiene una casa de empeños y... ¿Diga?... Correcto, señor, así mismo es, el cerro está cundido de cruces. Entre los aburridos de la vida que van a tirarse contra los arrecifes y los cuerpos que dejan por allí los delincuentes, ahorita no habrá espacio para caminar entre tantas cruces... Bueno, pues como le decía, la doña estaba en el asunto de poner sus flores, y cuando miró hacia el mar, vio la enseada llena de aquellas cosas que desde arriba parecían culebritas. Al bajar y enterarse de que eran palabras, la infeliz atravesó el pueblo en una sola carrera, gritando que su hija le había escrito una carta en el mar y ella no sabía cómo leerla.

No, al principio me resistí a bajar, preferí mantenerme enfocado en lo mío. Visitaba las farmacias tan formalito como siempre, mostraba los catálogos, insistía en los milagrosos resultados para tratar el reflujo gástrico que está teniendo el Prevent en los Estados Unidos, tomaba nota de los pedidos, y si alguien mencionaba las palabras de la enseada —que sucedía siempre, ya le dije, en el pueblo no se hablaba de otra cosa—, hasta me burlaba un alquito, pero sin pasarme de la raya. Por ejemplo, aconsejaba al dueño de la farmacia donde estuviera en ese momento que,

si yo fuera él, encargaría una patana cargada de ansiolíticos porque con ese reperpero en la ensenada no iba a quedar una sola cabeza cuerda en el pueblo y sus alrededores.

Igual de cauteloso me movía por las noches en los colmados. A veces aceptaba un partidito de dominó o veía un juego de pelota en la tevé con una fría bien fría en la mano, pero sin andar preguntando mucho. La regla de oro es de oro porque no manca: Basta que uno parezca no estar interesado en oír para que todos se vuelvan locos por contarle. Además, yo no fui hasta allí por el asunto de las palabras, y eso usted lo sabe más que bien.

Qué va, en ese momento no había ningún problema, todo era embullo y la gente se comportaba como si recién se hubiera enterado de que el asombro existe. Esa fue mi quinta visita del año y la primera en que no me pareció entrar a un pueblo moribundo. Y no es que hubiera ocurrido algún milagro... para nada. Las calles seguían igual de desbaratadas y las antiguas salinas le echaban encima a uno el mismo aire enfermo, pero todo el mundo iba de un lado para el otro con tremenda energía. Además, donde quiera se encontraba uno con un periodista y los curiosos llegaban lo mismo de los pueblos cercanos que de Santiago o Puerto Plata... ¡si hasta del sur subía gente para ver si era verdad que había palabras nadando en la ensenada! Ya se imaginará que los dueños de hostales y comedores bailaban en un solo pie, aunque no tanto como los viejos en los colmados, felices de tener por fin un público atento al que contarle entre bachata y bachata de cuando la zona era rica y en el puerto entraban barcos a cada rato con ropa francesa, máquinas de Inglaterra y embutidos españoles...

Positivo, señor, claro que terminé yendo a la ensenada, tampoco podía mostrarme demasiado indiferente sin despertar sospechas, sobre todo porque mi misión siempre ha dependido de lo que voy sacando en las conversaciones por aquí y por allá. Un sábado bajé a ver aquello que tenía a todos delirando en colores, y fue en ese momento que me encontré con el ciego. Estaba donde termina la carreterita de asfalto y comienza el trillo que bordea el cerro, sentado sobre un pilote de cemento que alguna vez debió servir para indicar algo. Me dio pena verlo tan flaco, tan prieto y como tan abandonado allí, con el lado izquierdo de la cara y el cuello mordidos por el vitíligo, acezando como un lagarto. Me dijo que se llamaba Basilio y era de Santiago pero, ahora que han pasado unos días y voy teniendo otros ojos para las cosas, pienso que igual pudo haberlo parido la tristeza del lugar. Algo había en su estampa que compaginaba con la tierra roja y pelona, con los arbolitos raquíuticos que se dan por allí.

Eso se me ocurre ahora, ya le digo, entonces solo pensé que el hombre podía ayudarme a reforzar mi fachada de tipo preocupado por el prójimo, alguien que no estaba en nada, vaya, y me ofrecí para ayudarlo a bajar.

Hasta donde me dijo, él paraba con un primo —o con un tío, no recuerdo bien— que hace la limpieza en una de las cuarterías baratas que hay frente al mar, no sé si las ha visto... Hay muchas si uno baja junto a las antiguas salinas y, cuando tropieza con el mar, dobla en sentido contrario al cerro. Ahora, eso fue lo que dijo él. Que parara ahí o en otro lugar, no puedo asegurarlo. Siempre nos pusimos de acuerdo por teléfono para encontrarnos en el mismo punto de la primera

vez y hasta allí llegaba o se iba igual que yo, en un motoconcho. ¿Usted piensa que hubiera sido importante investigar esa información?... Yo no, la verdad, el ciego no era —ni es, creo yo— sospechoso de nada.

Pues sigo. El camino que baja hasta la ensenada está en unas condiciones terribles y la operación de llevar al ciego fue trabajosa, pero al final mi corazonada tuvo un resultado perfecto. Aunque había algunos grupitos mirando desde encima del cerro, el gentío de verdad estaba abajo, apretujado en la franja que va desde el farallón hasta el agua, luchando unos con otros por aproximarse lo más posible a la orilla. Entre los curiosos, los grupos que rezaban o hacían bromas, los vendedores de frituras, los niños pequeños dando gritos bajo el castigo del sol, más unos buenos para nada que ofrecían llevarte de recorrido en bote por trescientos pesos, se hacía bien complicado avanzar. Y en eso la presencia del ciego fue de gran ayuda. Empecé a empujar, por favor, un momento, dejen pasar a este pobre hombre ciego y enfermo...

¿Le digo la verdad? Nunca supuse que las palabras me causarían esa impresión, aunque ahora no estoy seguro de si el impacto fue así de grande por ellas mismas o por el ansia del ciego, que preguntaba y preguntaba como si de mis respuestas dependiera que alguna vez lograra ver. Seguí caminando con él agarrado del brazo, y cuando vine a notarlo, las olas nos llegaban hasta las rodillas... ¿Perdón? Pues mire qué coincidencia, eso mismo me pedía el ciego una y otra vez: Que le contara cómo eran las palabras. Lo exigía con tanta desesperación que hasta me pregunté si el tipo no querría algo más de lo que decía querer...

Un momento, déjeme pensar en la mejor manera de describirle las palabras.

El ciego

Es extraño que alguien con vista sepa escuchar los ruidos de la noche; eso, aparte de que el vagabundo suena como si él mismo llevara su poco de niebla por dentro. Se le siente en la forma cómo respira durante las pausas y se le sintió el otro día en los ecos de la voz cuando apareció diciendo que las palabras hablaban, solo que de noche. Cristóbal había decidido que nos moviéramos hacia un extremo de la ensenada, lejos del rugido con que el mar golpea los arrecifes al otro lado, del cerro y la gente en la playita, para buscar un lugar donde él pudiera leerme las palabras en voz alta. *Adabitar, tasiarencó, saspre mole...* iba nombrando Cristóbal, ignorante de los esfuerzos que yo hacía para sujetar las palabras en mi cabeza y ver si pasaba algo, pero no había más que sonidos sueltos, desasidos, sin disposición para buscar alguna forma de apareamiento. Algo andaba mal en aquella lectura o en mi manera de oírla, catastróficamente mal, y eso puedo asegurarlo con propiedad porque he pasado los últimos quince años oyendo leer día tras día en la fábrica de cigarros. Tan mal andaba, que de algún modo Cristóbal debió intuirme un encogimiento parecido al dolor e hizo silencio, estoy seguro de que iba a pedirme regresar, aunque el sol todavía ni picaba mucho, y fue entonces que el vagabundo dijo detrás de nosotros tienen que venir cuando no haya luz, las palabras hablan, pero nada más de noche. Juro que pareció como si cada eco entre los muchos de su voz siguiera dando la noticia mientras Cristóbal contestaba pues tendrá que ser en otro momento, esta noche no puedo, ni mañana tampoco. Ahora es ese otro momento que dijo Cristóbal y el vagabundo detiene su tarea de identificar ruidos en

la noche para aconsejarnos que tratemos de escuchar hacia adentro de nosotros mismos, cerrándonos al mar con su aliento de algas podridas, a las voces que a veces llegan como bofetones desde la ensenada, donde según Cristóbal hay prendidas tres fogatas. Y tal cual, el murmullo no demora en dejarse oír, tenue y al mismo tiempo firme, ocupando todo el espacio alrededor de nosotros con serena propiedad. Me pregunto si esa densidad que suena es producida por el roce entre ellas o si cada palabra tiene la potestad de emitir un componente minúsculo de la vibración que nos va contagiando con su electricidad. Nada digo, sin embargo, deslumbrado por el hecho de que cada tramo en el murmullo suene distinto sin ser otra cosa, por una paz que al mismo tiempo me asusta. Bien lo decía la tía Dolores, a los pobres no nos conviene andar pensando demasiado.

Cristóbal

Le aseguro que eran tal y como le estoy diciendo, señor, aunque descuide, su duda no me ofende. Reconozco que en los periódicos y en la televisión se veían distintas. Es más, no recuerdo dos fotos en que las palabras lucieran iguales. A veces parecían unas salamanquejas de lo más comiquitas y en otras se les podría creer reflejos de alguna luz... Quizás eran tan difíciles de fotografiar por el brillo del sol en el agua, o por la forma en que ellas intercambiaban sus partes, descomponiéndose y volviéndose a componer todo el tiempo... No lo sé, ya le digo, pero sí puedo asegurarle que eran pimpún a como se las he descrito, no olvide que las vi y las describí muchas veces... ¿Sacarlas del

agua? Qué va, ¿usted cree que la gente no trataba de tocarlas? Pero las palabras se deshacían en cuanto alguien les acercaba una mano...

¿Cómo dice? A veces uno toma decisiones difíciles de explicar... ¿no le ha pasado que hace algo y después usted mismo se pregunta por qué lo hizo? Creo que seguí bajando a la ensenada en parte para complacer al ciego, por lástima, y en parte porque aquella obsesión suya con las palabras me ponía curioso, vamos a decir que me despertaba una sospecha mansa. Manías del oficio, ¿no? Ahora, que conste, nunca desatendí la misión. Seguramente usted ha leído mis informes de esos días, así que conoce la forma en que mantuve bajo vigilancia los dos centros donde sabíamos que operaba la red y cómo llegué a confirmar la identidad de varios traficantes, incluyendo al médico encargado de recibir los órganos después que cruzan la frontera de Haití, un cubanito comparón y ojú que tuvo la cachaza de tantearme con discreción un domingo por la tarde en el colmado Dioni, mientras veíamos un juego de Boston y los Yanquis. ¿Se imagina?, me hubiera gustado, le juro por mi hijo que me hubiera gustado, pero el mando nunca dio permiso para infiltrar la red, así que...

Positivo, señor, fueron mis últimos informes escritos. ¿Y cómo no iban a serlo si la situación en el pueblo se puso color de hormiga antes de que pudiéramos respirar dos veces seguidas, de hoy para mañana como aquel que dice? Empezando porque la comisión de científicos que enviaron desde la capital nunca logró ponerse de acuerdo. No estoy hablando de un secreto, la prensa se dio gusto sacándole punta a esa garata sin puño. Si el biólogo decía que aquellas cosas en la ensenada eran formaciones marinas vivas, a

medio camino entre los corales y las medusas, el especialista en lenguas retrucaba que no señor, que eran palabras, muy extrañas y difíciles de identificar como parte de algún idioma conocido, pero definitivamente palabras corporeizadas. Y entonces saltaba el ambientalista con que claro, a lo mejor formaban parte de un mensaje escrito por extraterrestres deseosos de hacer turismo en el Caribe, y no sedimentaciones debidas a los desechos sólidos y los químicos que las empresas mineras arrojan al mar en diversos puntos de la costa norte. Y así, un rebú de comadres celosas que primero dio risa y casi enseguida contagió al pueblo con su necedad.

¿Sí? No crea, cuesta un poco de trabajo contar las cosas en el orden que ocurrieron. Uno se confunde.

Recuerdo que dos pescadores se pelearon en un colmado de la calle Rodríguez Camargo por el comentario que hizo uno de ellos sobre la mujer del otro, y mientras discutían, el de la mujer comentada sospechó que el criticón se burlaba usando las palabras de la ensenada. ¿Cómo identificó que eran esas mismas palabras? Habrá que preguntarle al diablo; el caso es que el hombre mató a su contrincante con un puñal lengua de mime que llevaba bajo la pata derecha del pantalón y después se apuñaló el corazón delante de todo el mundo.

Si estoy claro, eso fue un domingo. Al día siguiente o al otro, los alumnos del colegio Sapientísimo Señor —el más caro de cuantos enseñan en el pueblo— formaron otra garata, esta vez con puño, porque su profesor de literatura daba clases usando las palabras de la ensenada y ellos no entendían ni papa. Por mucho que el profesor quiso explicar que no era culpa suya sino de la forma en que escriben unos poetas llamados

barrosos, o algo parecido a eso, la policía tuvo que intervenir para detener el linchamiento del maestro a manos de los padres y de algunos vecinos solidarios, al parecer no muy a gusto con ciertos modales del caballerito. Pero a eso último no vaya a ponerle mucha atención, ya usted sabe cómo es la gente de jabladora.

Y bueno, por ahí se desató la epidemia de violencia. Ahora no preciso si en ese momento ya habían empezado a salir los grupos o fue un poco después, pero lo cierto es que se regaron por todo el pueblo repartiendo volantes y armando mítines de protesta en las esquinas porque, según ellos, las palabras en la ensenada eran un atentado contra la cultura nacional. Igual, varias iglesias empezaron a organizar charlas sobre lo peligrosa que es la influencia extranjera para las tradiciones del país. El asunto se fue poniendo tan caliente, que bastaba una pronunciación defectuosa o que alguien soltara una palabra demasiado fifi para que surgiera la sospecha de que estaba poseído por la maldición de la ensenada y se soliviantaran los ánimos. Días hubo en que las fuerzas del orden y los paramédicos no daban abasto con tantas llamadas por peleas; los turistas, que habían ido llegando al pueblo en número nunca visto antes, se largaron a toda carrera; y las autoridades prohibieron las reuniones de artistas y las clases de idiomas como una medida para evitar males mayores.

¿Quiere saber mi opinión? Muy bien. Piénselo, señor, ¿a quiénes no les convenía tanta gente desandando por la zona ni menos tener encima la atención del país entero? ¡Pues claro, a nuestros traficantes! No tengo pruebas ni modo de explicar cómo armaron todo ese lío, en serio que no lo sé, pero sí conozco los recursos y los contactos que mueve esa gente en todas

partes. Mire usted cuánto dura esta investigación y el tiempo que llevo yo enseñando catálogos de laboratorios farmacéuticos en mitad de esos cambrionales donde ni los chivos andan a gusto. Saque cuentas: en ese tiempo el presidente estuvo a un tris de perder las elecciones —y posiblemente nosotros de quedarnos sin trabajo—, mi ex encontró pareja y ahora a mi muchacho lo cría un tipo gordito y afeminado que escribe chismes de artistas en *El Nacional*, ¡hasta se acabó la Unión Soviética!, el país más grande del mundo, y no ha habido manera de capturar la dichosa red... Hoy por un tecnicismo de Justicia, mañana por una advertencia que viene de Control de Drogas...

Está bien, tiene razón, perdone. No es mi intención criticar a ninguna autoridad, solo estoy preocupado por el trabajo y, que conste, todas estas sospechas las comuniqué en su momento a mi oficial de contacto. Puede solicitar las grabaciones de mis llamadas si lo desea...

¿El final?; bueno, señor, eso depende de qué usted esté entendiendo por *final*. Posiblemente se refiere a las declaraciones que hizo el diputado Alfonsín Muriello sobre pruebas —irrefutables, eso aseguró— de un plan organizado en Haití para invadir el país y cuya primera fase era la llegada de las palabras. ¿Estoy en lo cierto? Y no le faltaría razón, señor, ahí se armó la de María santísima, el alcalde entró en pánico y acabó pidiendo la intervención del Ejército Nacional.

Pero, para quienes estábamos allá, el final empezó un chin antes, empezó con las caminatas del herrero... Claro, le explico. Considere a un tipo blanco, lampiño y así de flaco; ni muy alto ni muy bajito; nada distinto a muchísima gente que uno encuentra todos los días en la calle. Y eso era lo impresionante en este caso,

ver a un sujeto así desandando el pueblo día y noche sin ningún aspaviento, nada más la mirada sujeta a la punta de sus pies descalzos y una voz mansita que repetía cosas como ¡Abran los ojos que ya están entre nosotros!, o ¡Esperen tranquilos por la degollina!, o ¡Sigan afilando cuchillos para sus pescuezos!... Sí, cada día aparecía con una frase nueva, y la repetía, y la repetía sin parar. Daba escalofríos y la gente cerraba las puertas cuando lo oían venir. Oiga, ni los haitianitos limpiabotas se atrevían a irle detrás...

El herrero, sí, todos le decían de ese modo, y con aquella figura suya, el apodo no podía ser más que una burla.

¿Durante esos días? Por las mañanas y las tardes me concentré en lo mío. Visitaba farmacias, consultorios, clínicas, tomando la precaución, eso sí, de no proponer medicamentos con nombres muy difíciles de pronunciar para evitarme problemas, ya se sabe que el diablo los pinta en un segundo y con cualquier motivo. Mientras tanto, me mantenía al corriente de los movimientos en la calle. Cuando caía la tarde, me quedaba a ver la pelota o alguna película en la tevé de la pensión, salvo las dos noches que bajé con el ciego a la ensenada para comprobar si era cierto que las palabras hablaban, según nos había informado el vagabundo. Bueno, allá abajo estábamos la noche en que el Ejército ocupó todo aquello...

Seguro, el vagabundo es de por allí, en eso no hay caída. Apareció de la nada, como quien dice, un mediodía en que el ciego y yo nos habíamos alejado hacia la punta que cierra el lado derecho de la ensenada, buscando un poco de tranquilidad –eso le dije al ciego–, aunque la verdad verdadera fue que no quería estar cerca de ningún grupo, por si las moscas... No,

antes de ese día nunca había visto al vagabundo, estoy seguro; con esa piel como de cartón, la barba hasta el ombligo y su forma de hablar, lo habría recordado enseguida. Me bastó aquilatarle la pinta y oírle decir que las palabras hablaban de noche para llegar a dos conclusiones: Debía ser casi tan viejo como el cerro y estaba completamente chiflado.

Al principio yo me negué a bajar de noche, les dije que tenía unas reuniones de trabajo. Quería pensarlo mejor porque se me hacía peligroso. Con todos aquellos líos en el pueblo, ya no eran muchos los que se atrevían a ir hasta la ensenada, incluso de día, y además, quién iba a creer eso de que las palabras hablaban. Por supuesto, las dos noches en que por fin bajamos, yo no las escuché decir ni pío, aunque cuando el ciego me preguntó contesté que desde niño soy duro de oídos. ¿Sabe?, me daba pena matarle el gallo en la funda al infeliz.

Le aconsejo que no lo subestime, señor. Ciego y maltratado como está, se gana la vida en la fábrica de cigarros La Aurora y basta oír la forma en que habla para darse cuenta de que ideas no le faltan dentro de la cabeza... Es difícil no juzgar a la gente por su apariencia, lo sé, pero a veces eso trae más despistes que ventajas. Mire cómo me equivoqué yo con el vagabundo. La noche en que el Ejército ocupó la ensenada, el viejo demostró que era un lince, nos llevó subiendo hacia el este en medio de la oscuridad, y luego de andar un poco, llegamos a un hueco de tamaño regular. En el interin, yo no paraba de preguntarme cómo podía aquel anciano sin camisa y sin zapatos moverse con tanta agilidad sobre el diente de perro y entre esos breñales del diablo. Cuando el ciego le preguntó qué lugar era ese, él explicó que había sido el sótano de una casa de

recreo construida a principios del siglo por la familia Grullón, y si vamos a tomar en cuenta las cosas que tenía dentro del escondite, era fácil llegar a otras dos conclusiones: El hombre llevaba un tiempo viviendo allí y quizás estuviera loco, pero estúpido no era.

Viejo, el ciego y yo lo llamábamos viejo, nunca supimos su nombre y no le íbamos a decir vagabundo en su cara, ¿verdad?... ¿Cómo dice? ¿Que no han encontrado pruebas de la existencia del vagabundo? Perdone, señor, pero usted me debe estar relajando, pregúntele al ciego... ¿Y? Ya le dije que el carajo es ciego, no sordo y menos idiota. Es más, averigüen en el pueblo, ese tipo debe de ser muy conocido entre la gente del pueblo.

El ciego

¡Todo es tan húmedo! El piso de tierra. La viga de madera donde recuesto la espalda. El aire hediondo a mocato y encierro. Nuestras respiraciones. Los cruji-dos remotos que de vez en cuando entran al refugio. La cadencia con que de súbito empiezan a sonar las palabras, dóciles como si las hubieran fabricado a la medida para caber en la voz del vagabundo. Quedo aturdido. Llevo viéndolas aparecer y desaparecer en mi cabeza desde que tengo uso de razón, pero nunca se me ocurrió pensar que alguna vez las escucharía viniendo así de suaves en la lengua de otra persona. Todavía lento por la sorpresa, me empeño en seguir la pista de cada eco que resuena en la voz del vagabundo, quiero interrogar a las palabras una a una... pero brotan con demasiada rapidez, no dejan espacio entre ellas ni menos dan chance para aislarlas. Respi-

ro tan hondo como permiten mis pulmones, me lleno completico de humedad... ninguna otra cosa puede hacerse. Solo rendirme a la voz del vagabundo, permitir que el chorro de palabras venga a vibrarme por dentro con ese murmullo eléctrico que ya escuché las dos últimas noches en la ensenada y que ahora me va contaminando su espesor, hasta que se apodera de las pobres palabras con que a diario digo tengo sed, hace calor, voy a dormir, y tanta otra estúpida nadería. No se requieren ojos para sentir la atención de Cristóbal, ni menos para ver el mar y los barcos y las aves y los árboles y el fuego y los hombres en la historia que las palabras conducen hasta un final exacto, deseado desde siempre. Cuando los ecos en la voz del vagabundo dejan de resonar y mi voz hace silencio, respiro una felicidad húmeda y disfruto no tener la menor necesidad de encontrar explicaciones. Una cosa sí puedo asegurar, no me importaría seguir enterrado por el resto de mi vida en este hueco, pendiente del instante en que las palabras decidan venir otra vez desde la ensenada para hacerse sitio en la voz del vagabundo y penetrar por fin mis pobres palabras con su vibración.

Cristóbal

Negativo, señor. Con todo respeto, creo que hice bien al huir cuando el Ejército ocupó la ensenada. Es verdad, nada más tenía que identificarme y pedir que llamaran al mando, pero ahí mismo abortaba la misión, ¿o no? Además, no quiero engañarlo, estaba interesado en saber cómo iba a terminar el asunto de la ensenada. De haberme entregado, entre lo que averiguaban y no averiguaban, me hubiera perdido el combate

de los soldados contra las palabras, que empezó en cuanto clareó el día siguiente.

Y le digo, claro. Esa mañana, antes de que saliera el sol, tendieron redes desde varias lanchas y ahí estuvieron mientras hubo luz, halándolas por toda la ensenada, sin que al parecer la gestión diera resultado porque al otro día trajeron a unos quince o veinte pescadores con sus botes y en cada bote subieron a dos soldados. Por la elevación del lugar donde estábamos, el vagabundo y yo podíamos ver el panorama nada más asomando un poquito la cabeza, y cualquiera hubiera creído que teníamos delante una lámina de aquellas donde los indios pescaban en los libros del sexto curso, con la diferencia de que estos no eran taínos medio en cueros sino soldados tratando de ensartar las palabras con sus bayonetas. Y bueno, al tercer día regaron algún tipo de combustible y dieron candela. Daba pena, hasta su lagrimita boba soltó el ciego mientras yo le iba contando cómo brincaba el fuego sobre las olas.

Mire, déjeme probarle que estoy siendo sincero. Le voy a informar algo que bien podría callarme, y lo haré convencido de que usted no me creerá. A la segunda noche de estar encerrados en el hueco, incómodos por los jejenes y la peste a hombre sin bañarse, de pronto el vagabundo —ese mismo que según usted me dice se ha vuelto invisible— arrancó a hablar como si lo poseyera un espíritu, usando una jerigonza rarísima. Al principio no supe cómo reaccionar, me quedé patidifuso, pero casi enseguida empecé a distinguir algunas palabras que yo estaba seguro de haber leído para el ciego en el agua de la ensenada... ¿Lo ve? ¿No le dije? Pues si no me cree eso, menos me creerá lo que viene ahora. Todavía no lograba salir

yo de mi sorpresa cuando el ciego empezó a traducir al español lo que decía el vagabundo. ¿Qué? No, qué va, no puede ser, ¿en qué momento esos dos pudieron ponerse de acuerdo para ensayar semejante teatro? Y por otro lado estaban las historias. Mire, ni teniendo vista hubiera podido el ciego componer historias tan sorprendentes.

Vea, eran emocionantes. Hablaban de sucesos y de personas que uno conoce desde la escuela, o sobre los que ha leído en libros y en los periódicos, solo que compaginados de otras formas. Imagínese cualquier hecho histórico, el descubrimiento de la isla o el trabucazo de Mella, por ejemplo, pues era eso mismo pero contado de una manera en que las fechas, los personajes y lo que ellos hicieron se trabulequeaban todo el tiempo. El que ahora era pirata, ahorita podía aparecer como conquistador o zombi; el que ahora peleaba por la independencia del país, ahorita a lo mejor era tirano, bandolero o agente de alguna potencia enemiga; más o menos por ese estilo... Claro, es confuso... No, no, no, usted no me entiende, señor. Las historias no eran confusas, lo confuso es explicarlas aquí, en frío. ¿Nunca le ha pasado eso con los sueños al día siguiente?

¿Enseñanza?, ¿mensaje? No sé, mientras el vagabundo las contaba y el ciego las traducía yo estaba demasiado ocupado oyendo las historias y nunca se me hubiera ocurrido pensar que quisieran enseñarme alguna cosa. Eran unas aventuras entretenidas, eso es seguro, y usted me va a disculpar, pero no voy a perder el tiempo buscándoles detalles que entonces no fueron necesarios.

Uffff, imagínese cuántas historias caben entre tres hombres encerrados, sin cosa mejor que hacer. Como

ya le dije, eso empezó la segunda noche e íbamos a cumplir cuatro días dentro del hueco la tarde en que los soldados nos encontraron... Por cierto, ¿cómo nos descubrieron? Seguro que vieron a alguno de nosotros cuando salió del hueco a hacer sus necesidades, ¿no? ¡Ah, vaya, así que fue una casualidad! La de culebras y ratones que deben haber desenterrado los soldados entre el diente de perro y aquellos breñales del infierno... Y dígame, ¿encontraron alguna de las palabras de la ensenada escondida en el espinero? Sí, entiendo que sea información confidencial, lo que no entiendo es cuándo y por qué dejé de ser confiable para el mando.

Pues no, ya usted ve, durante el tiempo que estuvimos en el refugio no pasamos hambre ni sed. El vagabundo tenía almacenadas semillas de maní y cajuil, carne de chivo ahumada, un tasajo de pescado buenísimo, y agua. Lo que pasa es que todo se acaba, hasta la paciencia, y precisamente como una hora antes de que llegaran los soldados, el vagabundo tuvo que salir a buscar comida, por eso no lo agarraron junto con nosotros. Ahora, le digo la verdad, ya en ese momento yo pensaba en cómo largarme de allí. Me sentía entumido, harto del encierro; y por otra parte, bien fuera que los soldados hubieran exterminado las palabras en la ensenada, o que ellas se hubieran ido por donde mismo vinieron, o que —como decía el ciego— se hubieran mudado para dentro de su cabeza, ¿qué sentido tenía seguir enterrados allí?

Eso, sin contar que la misión me seguía esperando afuera, ¿verdad?

¿¡Qué!? No lo puedo creer... Oiga, ¿cómo iba a estar yo enterado de que en esos días mataron al mediquito cubano y a otros dos de la red en la salida hacia Dajabón? Usted sí que me deja frío... ¿Y? ¿Algún

desacuerdo entre ellos o con otros traficantes? ¡No me diga! Entonces usted supone que yo salí del jodido hueco una noche de aquellas, atravesé el monte cundido de culebras y soldados, fui al otro extremo del pueblo, tiroteé a esa gente y regresé junto al ciego y el vagabundo. ¿Y yo quién soy, Jack Veneno o el Hombre Invisible?... Aaaaaah, conque tienen un informe confidencial, ¿y de quién, si puedo saberlo?

Pero, señor, ¿dónde pudo insertarse ese agente de contra chequeo para tener la oportunidad de...? ¡Bendita sea la virgen de la Altagracia, no me vaya a decir que era el vagabundo!

ÍNDICE

I. OTRAS PALABRAS

Devoraciones / 11

Dicho con otras palabras / 12

Culpas del tiempo / 32

Ciertas regularidades del verbo ir(se) / 34

El arma mortal / 41

Un cuento como ese / 51

II. ROMA A REVÉS

Consejos del pintor: número uno / 59

Consejos del pintor: número dos / 60

Consejos del pintor: número tres / 61

Consejos del pintor: número cuatro / 62

Consejos del pintor: número cinco / 63

III. OLIVIA (LÍNEAS PARA UNA NOVELA BONSAÍ) / 65

IV. ¿Y DE VERDAD TIENEN PESO?

El caminante / 97

Agradecido / 99

Fantasmas / 103

La hora del café / 114

Contrapesos / 117